



Identidad evangélica

Un llamado a la unidad, integridad y fidelidad

John Stott



Identidad evangélica

Un llamado a la unidad, integridad y fidelidad

John Stott



Ediciones Certeza Unida
Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Lima
2012

Stott, John

Identidad evangélica: un llamado a la unidad, la integridad y la fidelidad . - 1a ed. - Buenos Aires: Certeza Unida, 2013.

160 p. ; 15x23 cm.

ISBN 978-950-683-172-1

1. Religión Evangélica. I. Título.

CDD 280.4

Título original: *Evangelical Truth. A Personal Plea for Unity, Integrity & Faithfulness*

© 1999 John Stott

© 2011 Ediciones Certeza Unida, Buenos Aires. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Las citas bíblicas corresponden a la traducción Nueva Versión Internacional. . Excepto en los casos en que se indique específicamente.

Traducción: Diana Gonzalez Fasani

Corrección de estilo: Adriana Riccomagno

Diseño: Pablo Ortelli

Diagramación: Ayelen Horwitz

Ediciones Certeza Unida es la casa editorial de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE) en los países de habla hispana. La CIEE es un movimiento compuesto por grupos estudiantiles que buscan cumplir y capacitar a otros para la misión en la universidad y el mundo. Más información en:

Certeza Argentina, Bernardo de Irigoyen 654, (C1072AAN) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. certeza@certezaargentina.com.ar

Ediciones Puma, Av. Arnaldo Márquez 855, Jesús María, Lima, Perú. Teléfono / Fax 4232772. puma@cenip.org, puma@infonegocio.net.pe

Editorial Lámpara, Calle Almirante Grau N° 464, San Pedro, Casilla 8924, La Paz, Bolivia. coorlamp@entelnet.bo

Publicaciones Andamio, Alts Forns 68, Sótano 1, 08038, Barcelona, España. info@publicacionesandamio.com

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Contenido

Agradecimientos	
Prefacio	7
Introducción: Constantes evangélicas	11
Tres aclaraciones	
Fundamentalismo y evangelismo	
Tribus y dogmas evangélicos	
El evangelio trinitario	
<i>Hapax y mallon</i>	
Lecturas sugeridas	
1. La revelación de Dios	37
Revelación	
Inspiración	
Autoridad	
Tres palabras más	
Dos aclaraciones	
Lecturas sugeridas	
2. La cruz de Cristo	75
Nuestra reconciliación con Dios	
Nuestro discipulado cotidiano	
Nuestra misión y nuestro mensaje	
Lecturas sugeridas	

3. El ministerio del Espíritu Santo	99
Los comienzos cristianos	
La seguridad cristiana	
La santidad cristiana	
La comunidad cristiana	
La misión cristiana	
La esperanza cristiana	
Lecturas sugeridas	
Conclusión: El desafío de la fe evangélica	131
El llamado a la integridad evangélica	
El llamado a la estabilidad evangélica	
El llamado a la verdad evangélica	
El llamado a la unidad evangélica	
El llamado a la perseverancia evangélica	
Lecturas sugeridas	
Epílogo: La preeminencia de la humildad	145
Notas	151

Agradecimientos

En primer lugar, le estoy especialmente agradecido a mi asistente, John Yates, por haberme sugerido este pequeño libro. El contenido del mismo debería haber formado parte de una serie de ensayos cuyo título provisorio era *Reflexiones*. Como me estaba resultando difícil darle forma, 'JY' (como lo llamamos habitualmente) me propuso escribir un pequeño libro sobre nuestra identidad evangélica como una publicación aparte. Además, me hizo una serie de sugerencias que representaban el pensamiento de la generación joven, a las cuales he prestado especial atención.

En segundo lugar, agradezco a Colin Duriez (IVP de Gran Bretaña) y Andy Le Peau (IVP de Estados Unidos de América) por sus consejos y el ánimo que me brindaron en todo momento. Dedico un agradecimiento especial a mis amigos Oliver Barclay, Timothy Dudley-Smith y David Wells por leer el primer borrador y por los numerosos cambios recomendados, muchos de los cuales he incluido.

Frances Whitehead se abocó a la noble tarea de convertir mis garabatos en un escrito sin errores. Suelo decir que, en su caso particular, la 'e' de correo electrónico significa: ¡energía, eficiencia y entusiasmo!

John Stott

Prefacio

A nadie le gusta que lo etiqueten. Por lo general, los rótulos que otros nos pegan nos resultan desagradables. Su objetivo es restringirnos, incluso aprisionarnos, dentro de un estereotipo bastante estrecho. Sin embargo, son útiles para la identificación, y siempre alguien nos cuelga alguno si nos negamos a usarlo por cuenta propia.

En el mundo científico las etiquetas son indispensables. Durante 250 años generaciones sucesivas de científicos le han estado agradecidas al biólogo sueco Linneo por haber desarrollado el sistema de clasificación binominal.

Sin embargo, la taxonomía teológica es considerablemente más compleja, aunque podría intentarse, supongo. Por ejemplo, ¿de qué forma me clasificarían? Tal vez, ‘género: cristiano, especie: evangélico, subespecie: anglicano’. No obstante, al poco tiempo la tarea se torna imposible. Clasificar organismos de acuerdo con su estructura demanda un alto grado de precisión, mientras que rotular seres humanos conforme a sus creencias sería una tarea mucho más flexible y fluida.

Los mismos biólogos se dividen en ‘integristas’ y ‘separatistas’ según su tendencia a unir distintas formas raciales en una misma especie o a separarlas en varias. Las acciones de ‘integrar’ y ‘separar’ también ocurren dentro de la comunidad cristiana. Sin embargo, ambos procesos se tornan negativos cuando son llevados a extremos. Algunos cristianos acostumbran separarse hasta no constituir más una iglesia, sino una secta. Me recuerdan al predicador que describe Tom Sawyer cuando dice que ‘reducía el grupo de los predestinados a una

compañía tan pequeña que no valía la pena salvarlos.¹ Otros incluyen a todos indiscriminadamente hasta que ya nadie resulta excluido.

Si evitamos ambos extremos, podemos reconocer que dentro del cristianismo existe una superposición legítima entre las corrientes católica, liberal y evangélica. Permítanme presentar a manera de ilustración dos ejemplos un tanto atípicos.

Michael Ramsey (arzobispo de Canterbury desde 1961 hasta 1974) se denominaba a sí mismo un anglicano católico. Sin embargo, estaba plenamente convencido del evangelio de la justificación únicamente por la fe, que constituye una creencia evangélica fundamental, como demostraré posteriormente. Aun más, él afirmaba que durante los cincuenta años transcurridos entre 1889 y 1939 los ‘anglicanos típicos’ sostuvieron sin lugar a dudas ‘las convicciones cardinales de la Reforma’, es decir, que ‘la salvación no es por obras, es solamente por gracia recibida a través de la fe, que nada puede añadirse a la mediación de Cristo en la cruz, y que las Sagradas Escrituras son la autoridad suprema en el aspecto doctrinal’.²

Mi segundo ejemplo proviene del libro de John Habgood (arzobispo de York entre 1983 y 1995): *Confessions of a Conservative Liberal* [Confesiones de un conservador liberal]. Él expresa que en su opinión un *liberal* ‘representa una apertura a la búsqueda de la verdad, la que creo es profundamente necesaria para la buena salud de la religión. Se trata fundamentalmente de honestidad.’ Al mismo tiempo es honestidad “enraizada en lo que Dios nos ha dado, tanto en la revelación como en el mundo creado. De ahí, ‘conservador’”. Aunque John Habgood muchas veces les ha aplicado a los cristianos evangélicos el epíteto algo rudo de ‘biblistas’, su bosquejo de la tensión existente entre lo dado y lo abierto, la humildad y la honestidad, la revelación y la tradición, ‘el corazón que cree y la mente crítica’³ es algo con lo que, al menos en un principio, todos los evangélicos deberían estar de acuerdo.

Por consiguiente, procuro no olvidar en mi escrito que las tres escuelas de pensamiento cristiano (católica, liberal y evangélica) no siempre se excluyen mutuamente, y que a lo largo de sus divergencias existen puntos de convergencia. Más aun, nos regocijamos de que la gran mayoría de cristianos concuerden con las afirmaciones de los Credos Apostólico y de Nicea, y que la gran mayoría de protestantes reafirmen muchas de las verdades de la Reforma. En otras palabras, no todas las constantes evangélicas son distintivos evangélicos. Al mismo tiempo, existen algunas verdades históricas y bíblicas que los cristianos evangélicos siempre han enfatizado y de las cuales se consideran (con modestia, espero) albaceas para el resto de la Iglesia.

¿Por qué razón lanzo al mercado sobresaturado de literatura cristiana un pequeño libro como este? Los lectores tienen el derecho de esperar que los autores les confíen sus razones para escribir. ¿Se trata solamente de que sufro de lo que yo creo que Juvenal denominó *insanabile cacoethes scribendi* (la incurable comezón de escribir)? Espero que no. Al menos soy consciente de dos motivos.

En primer lugar, me duele profundamente la tendencia evangélica hacia la fragmentación.

Durante el último medio siglo el movimiento evangélico británico (como en otras partes también) ha crecido en número, vida eclesial, formación académica y liderazgo, pero no en cohesión o en influencia a nivel nacional. Hoy en día la gente se refiere a las múltiples 'tribus' de evangélicos y suele colocar algún adjetivo calificativo delante del término. Hay muchos entre los cuales escoger: conservador, liberal, radical, progresista, abierto, reformado, carismático, posmoderno, etcétera. Sin embargo, ¿es esto realmente necesario? Aun manteniendo una buena conciencia con respecto a lo que es nuestro entender particular de la fe evangélica, ¿no nos es posible reconocer que aquello que nos une como evangélicos es mayor que lo que nos separa? ¿Debemos seguir siendo 'individualistas obstinados'⁴,

según las palabras del obispo Stephen Neill, y consecuentemente ‘tener tanta cohesión interna como un cordón de arena’⁵, como expresó Sir Marcus Loane, arzobispo de Sidney?

No soy tan ingenuo como para imaginar que este pequeño libro resolverá los problemas de la falta de certidumbre en nuestra identidad evangélica o de la ausencia de unidad que tanto nos debilita, o que proveerá una bandera bajo la cual agruparnos. Sin embargo, es mi oración que contribuya a dejar de lado algunos malos entendidos y que nos ayude a combinar nuestro compromiso con una fe evangélica genuina, con una verdadera generosidad de mente y espíritu.

En segundo lugar, dado que me aproximo al fin de mi vida terrenal y en este año cumplo sesenta años de discipulado cristiano, me gustaría dejar a manera de legado espiritual esta pequeña afirmación de la fe evangélica, esta apelación personal a las generaciones futuras. Por supuesto que he cambiado a lo largo de estas seis décadas. Sin embargo, confío en que estos cambios no hayan consistido en la negación de alguna cosa que había afirmado previamente, sino en el enriquecimiento de aquello que era inadecuado, la profundización de lo superficial y la clarificación de lo oscuro. Las grandes verdades evangélicas permanecen. Esta es la forma en que desearía ser recordado y juzgado mientras me preparo para comparecer ante el sitial de Jesucristo.

John Stott

Introducción

Constantes evangélicas

Patrick Johnson escribió lo siguiente:

La cosecha de personas para el reino de Dios que ha tenido lugar en los últimos años no tiene precedentes. Nunca en la historia de la humanidad un porcentaje tan alto de la población mundial ha resultado expuesto al mensaje del evangelio, ni el incremento de cristianos evangélicos ha sido tan alentador.

En particular, ‘el crecimiento de creyentes evangélicos en el tercer mundo se ha acelerado en forma dramática desde la segunda guerra mundial’¹.

Incluso a pesar de la expansión mundial (mejor dicho, explosión), los creyentes evangélicos han sido víctimas de una prensa negativa, resultando mal comprendidos y peor representados.

Por ejemplo, John Peart-Binns se refirió al obispo John Taylor Smith, ese hombre de Dios tan popular, alegre y consagrado, capellán general de las fuerzas armadas británicas durante la primera guerra mundial, como: ‘un rabioso pietista evangélico, de miras estrechas y pensamiento rígido.’²

Michael Seward, canónigo de la catedral de San Pablo, cuenta la historia de una reportera de la Asociación de Prensa, muy bonita pero ignorante, quien estando un día en la casa pastoral se dirigió hacia él y le preguntó: ‘¿Estos evangélicos son... adoradores de serpientes?’³.

Algo más acertado, pero así y todo poco amistoso, resulta el retrato que David Hare realiza del reverendo Tony Ferris en su libro y su obra teatral titulada *Racing Demon*. El autor atribuye a sus personajes diferentes visiones teológicas según su clase social. Escribe lo siguiente:

A los clérigos educados no les gustan los evangélicos porque beben jerez dulce y crían cotorritas australianas y adornan sus paredes con patos en formación... Sí, y tienen también el penoso hábito de hacer descender a la gente con la que tratan, con sus intentos de involucrarla emocionalmente.^{4 *}

Si volvemos la vista a la escena norteamericana, el profesor James Davison Hunter de la Universidad de Virginia provee a sus lectores con una rica muestra de difamación contemporánea. Los académicos más sobresalientes, escribe, aparentemente describen a los evangélicos como ‘celotes de derecha’, ‘locos religiosos’, ‘un culto misántropo’, ‘fanáticos’, ‘demagogos’, ‘anti intelectuales y simplistas’, mientras que el mensaje es considerado ‘vicioso’, ‘cínico’, ‘estrecho’, ‘separatista’ e ‘irracional’.⁵

¿De qué se trata, entonces, la cristiandad evangélica o la fe evangélica que despierta tal combinación de popularidad e impopularidad y que, por un lado, está creciendo tan rápidamente y, por el otro, provoca tanta burla? Permítanme comenzar explicando lo que no es.

Tres aclaraciones

En primer lugar, la fe evangélica no es una innovación reciente, una nueva rama de la cristiandad que estamos inventando. Por el contrario, nos atrevemos a declarar que el cristianismo evangélico es original, apostólico y neotestamentario. Estas mismas afirmaciones y reclamos fueron hechos durante el siglo XVI. Con frecuencia los reformadores fueron considerados innovadores

*Nota del traductor: se presentan aquí tres muestras de cursilería que caracterizan a la gente de nivel cultural más bajo.

por la Iglesia Católica Apostólica Romana, pero ellos refutaron tal acusación. Los innovadores habían sido los escolásticos medievales; mientras que los reformadores eran renovadores que buscaban regresar a los comienzos y recobrar lo auténtico, el evangelio original. Lutero escribió: ‘Nosotros no enseñamos nada nuevo, sino que repetimos y establecemos las cosas viejas, lo que los apóstoles y todos los maestros píos han enseñado antes que nosotros.’⁶ Hugo Latimer, el conocido predicador de la reforma inglesa, hizo la misma afirmación: ‘Ustedes dicen que es una nueva enseñanza. Sin embargo, yo les digo que se trata de la vieja.’⁷ Más elocuente aun fue la insistencia de John Jewel, obispo de Salisbury desde 1560, en su famosa *Apología* (1562):

No es nuestra doctrina lo que traemos ante ustedes este día; nosotros no la escribimos, no la descubrimos ni tampoco la inventamos; traemos ante ustedes nada más que lo que los antiguos padres de la Iglesia, los apóstoles y Cristo mismo, nuestro Salvador, nos han presentado.⁸

La crítica y, también, la misma refutación acerca de que los cristianos evangélicos son innovadores se ha escuchado en cada generación. Juan Wesley, por ejemplo, fue acusado muchas veces de introducir nuevas doctrinas dentro de la Iglesia de Inglaterra. Él lo negaba rotundamente diciendo: ‘Lo que enseño es el cristianismo viejo y simple.’⁹

En los comienzos de su asombrosa carrera como evangelista, Billy Graham fue acusado no de novedad sino de ser totalmente arcaico y de haber retrocedido cien años la causa de la religión. Sin embargo, su respuesta fue la misma: ‘Yo afirmo que es cierto que deseo que la religión retroceda no ya 100 años sino 1900, al libro de los Hechos, cuando los seguidores de Cristo del primer siglo fueron acusados de trastornar al imperio romano.’¹⁰

En segundo lugar, la fe evangélica no es una desviación de la ortodoxia cristiana. No es ni un remolino ni un remanso,

sino una corriente del cristianismo. Los cristianos evangélicos no tienen dificultad en recitar el Credo apostólico o el de Nicea *ex animo*, sin reservas mentales y sin necesidad de cruzar los dedos mientras lo hacen. El término *evangélico*, a pesar de la antipatía que ha despertado, es una palabra noble con un pedigrée extenso y honorable.

El uso del término *evangélico* se extendió ampliamente a principios del siglo XVIII, en relación con el denominado avivamiento evangélico asociado con Juan Wesley y Jorge Whitefield. Sin embargo, en el siglo XVII había sido aplicado a los puritanos en Inglaterra y a los pietistas en Alemania, y en el XVI a los reformadores. Ellos se denominaban a sí mismos *evangelici*, forma abreviada de *evangelici viri*, ‘hombres evangélicos’, una designación que Lutero adoptó como *die Evangelischen* o los evangélicos.

Sin embargo, esto no fue el comienzo. En el siglo XV John Wycliffe, muchas veces descrito como ‘el lucero matutino de la reforma’, era llamado *doctor evangelicus*. Incluso antes podemos reconocer como protoevangélicos a aquellos líderes cristianos que le atribuían la autoridad suprema a las Escrituras y consideraban posible la salvación únicamente por medio de Cristo crucificado. Esto incluiría también a San Agustín, padre de la Iglesia, quien proclamaba la gracia divina como el único remedio para la culpa humana. A partir de allí necesitamos retroceder tan solo un pequeño paso hasta el Nuevo Testamento mismo y a su mensaje o *evangel*, del cual derivan su nombre los cristianos evangélicos.

Sin embargo, recién en los últimos años de la historia de la Iglesia el término *evangélico* se volvió más frecuente. En Gran Bretaña, por ejemplo, en el siglo XIX un número de líderes evangélicos alcanzaron renombre a nivel nacional. Charles Simeon, vicario de Holy Trinity en Cambridge durante cincuenta y cuatro años (1782-1836), ejerció una enorme influencia sobre generaciones de estudiantes a través de su predicación expositiva. William Wilberforce luchó durante cuarenta y dos años a favor de los esclavos africanos, y junto con sus aliados obtuvo

la abolición del tráfico de esclavos en 1807 y de la esclavitud en 1833. Anthony Ashley Cooper, séptimo conde de Shaftesbury (1801-1885), se inspiró en sus convicciones evangélicas para sus numerosas reformas sociales. J. C. Ryle, obispo de Liverpool de 1880 a 1900, fue el campeón de la verdad evangélica frente a las tendencias que él denominó 'romanismo' y 'escepticismo'.

Durante el siglo XIX hubo también una serie de prominentes líderes evangélicos en América del Norte. Charles G. Finney (1792-1875), por ejemplo, se dedicó tanto a la evangelización como a las reformas sociales. Fundó una serie de 'sociedades de beneficencia' para todo tipo de actividad filantrópica concebible. Uno de sus discípulos fue Theodore Weld, quien dedicó toda su vida a la lucha contra la esclavitud. D. L. Moody (1837-1899) fue bien conocido por su tarea evangelística tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. No obstante, también se dedicó a la educación, y su influencia personal se extendió ampliamente. Otro educador fue Charle Hodge (1797-1878), profesor en el Seminario Teológico de Princeton durante cincuenta y seis años, quien no solamente bregó por la ortodoxia evangélica, sino que se comenta que también enseñó a más de tres mil estudiantes. También cabe mencionar a los hermanos Arthur y Lewis Tappan, exitosos hombres de negocios, quienes financiaron generosamente numerosas reformas sociales, las misiones y la evangelización, la distribución de la Biblia, la educación cristiana y el movimiento antiesclavista.

Volviendo a Gran Bretaña, en 1846 nació la denominada Alianza Evangélica Mundial (WEA), desde el comienzo su nombre constituyó un error, puesto que era británica, no internacional. Por esta razón, en 1951 se fundó la Comunidad Evangélica Mundial (WEM), mientras que al mismo tiempo la Alianza Evangélica Mundial adoptaba el nombre más modesto (y más adecuado) de Alianza Evangélica Británica (EA), y se convertía en uno de los miembros fundadores.

En tercer lugar, la fe evangélica no es sinónimo de fundamentalismo, dado que su historia y su connotación son diferentes.

El *fundamentalismo*, término usado hoy en día como insulto teológico, tiene orígenes muy respetables. Surge de una serie de doce ponencias tituladas *Los fundamentos*, distribuidas entre 1909 y 1915 por Lyman y Milton Stewart, dos hermanos del sur de California, quienes pusieron en circulación millones de copias de manera gratuita. Esta serie incluía verdades cristianas básicas como: la autoridad de la Escritura; la deidad, la encarnación, el nacimiento virginal, la muerte expiatoria, la resurrección corporal y el regreso en persona de Jesucristo; el Espíritu Santo; el pecado, la salvación y el juicio; la adoración; la misión mundial y la evangelización. El término *fundamentalista* fue acuñado para designar a aquellos que creían en las afirmaciones centrales de la fe cristiana. Los autores de las ponencias fueron tanto británicos como estadounidenses e incluyeron verdaderos baluartes evangélicos como R. A. Torrey, B. B. Warfield, A. T. Pierson, James Orr, Campbell Morgan y los obispos J. C. Ryle y Handley Moule.

Fundamentalismo y evangelismo

En su sentido original, *fundamentalista* era un sinónimo aceptable de *evangélico*. Un ejemplo de ello fue un pequeño libro de Carl Henry, publicado en 1947, el cual ejerció una notable influencia. Mientras el autor se queja de que ‘la cristiandad evangélica ha perdido gran parte de su capacidad de expresión con respecto a las referencias sociales del evangelio’, no hace ninguna distinción entre los términos *fundamentalista* y *evangélico*.¹¹ Sin embargo, gradualmente, el primero comienza a ser asociado con ciertos extremos y extravagancias, a tal punto que en 1950 líderes evangélicos estadounidenses como el mismo Carl Henry, Billy Graham y Harold Ockenga promovieron lo que ellos denominaban ‘el nuevo ser evangélico’, a fin de distinguirse del fundamentalismo tradicional que rechazaban.

Por esta razón, es comprensible que los cristianos evangélicos se sientan afligidos ante libros como *Fundamentalism* [Fundamentalismo], del profesor James Barr y *Rescuing the Bible from*

fundamentalism [Rescatando a la Biblia del fundamentalismo], del obispo Jack Spong, los que por ignorancia, malos entendidos o malicia perpetúan la vieja identificación.¹² Estos autores escriben como si la única elección posible para la Iglesia fueran el liberalismo iluminista o el fundamentalismo oscurantista.

Sin embargo, dejemos bien en claro que la gran mayoría de los cristianos evangélicos (al menos en Europa) repudian el rótulo de ‘fundamentalistas’ y están en desacuerdo con ellos en una gran cantidad de puntos importantes.

La dificultad para establecer cuáles son estos puntos, se debe al hecho de que los fundamentalistas nunca definieron claramente su posición, no se pronunciaron en contra de los evangélicos, ni publicaron una base doctrinal ampliamente aceptada. Por lo tanto, al intentar ahora distinguir entre ellos, estoy seguro de que voy a caer en el error de la generalización y los estereotipos. Sin embargo, les pido a mis lectores que tengan en mente que lo que trato de hacer no es identificar individuos o personas, sino *tendencias* contrastantes. Reconozco que mi retrato del fundamentalismo puede ajustarse a una versión estadounidense algo pasada de moda y no a alguna de las contemporáneas que, aunque retienen el nombre, rechazan parte de la sustancia. De la misma manera mi retrato de los evangélicos resulta un ideal, ya que lamentablemente algunos de los evangélicos contemporáneos reclaman el nombre pero no viven de acuerdo con él.

En mi opinión, es necesario tener en cuenta al menos diez tendencias:

1. *El pensamiento humano*. Los fundamentalistas de la vieja escuela dan la impresión de desconfiar de la educación, aun de las disciplinas científicas; algunos tienden hacia un completo antiintelectualismo, incluso al oscurantismo. Sin embargo, los evangélicos auténticos reconocen que toda verdad es de Dios, que él nos proveyó de una mente, que ella es un aspecto vital de la imagen divina que todos poseemos, que insultamos a Dios cuando rehusamos pensar y lo honramos cuando, ya sea a

través de la ciencia o de la Escritura, ‘pensamos los pensamientos de Dios después que él’ (Johannes Kepler).

2. *La naturaleza de la Biblia.* Según los diccionarios, los fundamentalistas creen que ‘cada palabra de la Biblia es literalmente cierta’. Esto no es cierto, dado que usan el adverbio *literalmente* en un sentido demasiado amplio. No obstante, no puede negarse que algunos fundamentalistas se caracterizan por un literalismo excesivo. Los evangélicos, sin embargo, si bien creen que lo que la Biblia afirma es cierto, añaden que algunas de estas aseveraciones son figuradas o poéticas (más que literales), y que deben interpretarse como tales. Por cierto, ¡ni el fundamentalista más acérrimo cree que Dios tenga alas! (Salmo 91.4).

3. *Inspiración bíblica.* Los fundamentalistas han tendido a considerar la inspiración como una especie de proceso mecánico en el cual los autores humanos actuaron de forma pasiva, sin desempeñar ningún rol activo. De este modo, la visión fundamentalista de la Biblia como dictada por Dios se asemeja a la que tienen los musulmanes con respecto al Corán, el que fue dictado por Alá en árabe por intermedio del ángel Gabriel, mientras que la única contribución de Mahoma fue escribir lo que le decían. Debido a esto, el Corán es considerado la reproducción exacta de un original divino. Por el contrario, los evangélicos enfatizan la doble autoría de la Escritura, es decir, que el autor divino habló a través de autores humanos mientras estos se encontraban en plena posesión de todas sus facultades.

4. *Interpretación bíblica.* Los fundamentalistas suponen que el texto puede ser aplicado directamente en la forma en que fue escrito. Ignoran el abismo cultural existente entre el mundo bíblico y el contemporáneo. Al menos idealmente, los evangélicos se esfuerzan en la tarea de la transposición cultural, por medio de la cual buscan identificar el mensaje fundamental del texto y separarlo de su contexto cultural original a fin de recontextualizarlo, es decir, aplicarlo a la situación actual.

5. *El movimiento ecuménico.* Los fundamentalistas tienden a ir más allá de la sospecha (para lo cual existe ciertamente una amplia justificación) en un rechazo general, *a priori*, e incluso colérico del ecumenismo. La expresión más estridente de esta actitud se dio en el Consejo Americano de Iglesias Cristianas, fundado por Carl McIntyre en 1941. Muchos evangélicos, aunque critican la agenda liberal y la metodología a menudo carente de principios del Consejo Mundial de Iglesias, han tratado de obrar con discernimiento, afirmando en el ecumenismo lo que tiene apoyo bíblico y reclamando la libertad de rechazar lo que no lo tiene.

6. *La Iglesia.* Los fundamentalistas han tendido a mantener una eclesiología separatista y retirada de cualquier comunidad que no esté de acuerdo con cualquier punto en particular de su posición doctrinal. Olvidan que Lutero y Calvino no deseaban el cisma sino que soñaban con la reforma del catolicismo. La mayoría de los evangélicos, aun cuando sostienen el derecho a buscar la pureza doctrinal y ética de la Iglesia, creen que la pureza perfecta no se alcanza en este mundo. Es difícil encontrar el balance entre disciplina y tolerancia.

7. *El mundo.* Algunas veces los fundamentalistas han tendido a asimilar los valores del mundo y sus estándares de manera no crítica (por ejemplo, el evangelio de la prosperidad), y en otras se mantienen completamente alejados de él, temiendo contaminarse. De ninguna manera los evangélicos escapan al cargo de mundanalidad. Sin embargo, al menos en teoría, buscan obedecer el mandato bíblico de no conformarse a este mundo y están ansiosos de responder al mandato de Jesús de penetrarlo como sal y luz, a fin de evitar su caída e iluminarlo en la oscuridad.

8. *La cuestión racial.* Los fundamentalistas han mostrado la tendencia, especialmente en los Estados Unidos y en Sudáfrica, a adherir al mito de la supremacía blanca y defender la segregación racial, incluso en la Iglesia. Sin duda, el racismo está presente también entre los evangélicos. No obstante, se

tiene el deseo de arrepentirse de ello. La mayoría de los evangélicos proclaman y practican la igualdad racial, concedida originalmente en la creación y por sobre todo en Cristo, quien echó abajo los muros de la separación racial, social y de género para crear una humanidad única y unida.

9. *La misión cristiana.* Los fundamentalistas han tendido a insistir en que *misión* y *evangelización* son sinónimos, y que la vocación de la Iglesia es propiamente la de proclamar el evangelio. A pesar de que los evangélicos recalcan la prioridad de la evangelización, no han podido separarla de la responsabilidad social. Así como en el ministerio de Jesús, hoy en día las palabras y los hechos, la proclamación y la demostración, las buenas nuevas y las buenas obras se complementan y refuerzan mutuamente. La separación entre ambas constituye, según Carl Henry, 'el divorcio vergonzoso del protestantismo'.¹³

10. *La esperanza cristiana.* Los fundamentalistas tienden a ser dogmáticos con respecto al futuro, aunque de ningún modo ejercen un monopolio sobre el dogmatismo. Sin embargo, a menudo son considerablemente detallistas en lo que respecta al cumplimiento de la profecía, dividen la historia en dispensaciones rígidas y se unen a un sionismo cristiano que ignora las graves injusticias cometidas contra los palestinos. Por otro lado, los evangélicos, aunque afirman con entusiasmo el retorno personal, visible, glorioso y triunfante de nuestro Señor Jesucristo, prefieren permanecer agnósticos en cuanto a los detalles, en los que incluso cristianos profundamente bíblicos tienen diferentes puntos de vista.

Tribus y dogmas evangélicos

No me cabe duda de que en la exposición de mis tres aclaraciones he sido demasiado negativo. Es tiempo ya de ser positivo. Hemos considerado lo que la fe evangélica no es. Pero entonces, ¿qué es? Antes de intentar responder a esta pregunta es importante reconocer que así como el movimiento evangélico ha crecido a través del mundo también se ha diversificado,

no menos entre los anglicanos. Durante o después del segundo Congreso Nacional Evangélico Anglicano (NEAC), celebrado en la Universidad de Nottingham en 1977, el reverendo Colin Craston hizo el comentario de que los evangélicos anglicanos ya no constituían un partido sino una coalición.

Se han hecho varios intentos de clasificación de las diferentes 'tribus' evangélicas. En forma jocosa, en abril de 1998 el editor del periódico de la Iglesia Anglicana, sugirió que había '57 variedades de evangélicos' ¡aludiendo a las famosas 57 variedades de productos de la marcas Heinz! Rowland Croucher menciona a un profesor de un seminario de California que afirmó que existen dieciséis clases de evangélicos,¹⁴ mientras que Clive Calver escribe acerca de las doce tribus de evangélicos.¹⁵ Otros observadores han reducido este número a la mitad.

En 1975, un año después del Congreso Mundial de Evangelización en Lausana, el profesor Peter Beyerhaus, de Tübingen, distinguió seis grupos evangélicos diferentes:

1. Los neoevangélicos (incluyendo a Billy Graham), que se distancian de la fobia fundamentalista hacia la ciencia y del conservadorismo político, y se esfuerzan por la mayor colaboración posible.
2. Los fundamentalistas estrictos, que mantienen una actitud separatista irreductible.
3. Los evangélicos confesantes, que otorgan gran importancia a la confesión de fe y al rechazo de los errores doctrinales contemporáneos.
4. Los pentecostales y los carismáticos.
5. Los evangélicos radicales, que reconocen un compromiso socio-político y se esfuerzan por unir el testimonio evangelístico con la acción social.

6. Los evangélicos ecuménicos, que desarrollan una participación crítica en el movimiento ecuménico.¹⁶

Casi veinte años después Gabriel Fackre, de la Escuela de Teología Newton de Andover, presentó una lista similar compuesta por seis categorías: fundamentalistas ('polémicos y separatistas'), evangélicos tradicionales (con énfasis en la conversión personal y la evangelización masiva), neoevangélicos (que reconocen la responsabilidad social y la apologética), evangélicos de justicia y paz (activistas sociopolíticos), evangélicos carismáticos (que resaltan la labor del Espíritu en el hablar en lenguas, la sanidad y la adoración) y evangélicos ecuménicos (preocupados por la unidad y la cooperación). Es una clasificación de tendencias muy interesante, en la que algunas se superponen con otras.¹⁷

Todavía resta preguntarnos qué dogmas tienen en común los cristianos evangélicos. Si bien es posible rastrear una determinada continuidad en la creencia y la práctica evangélicas a través de la historia de la Iglesia, que en ocasiones brilla refulgente y en otras se encuentra opacada, ¿en qué consiste esta continuidad? Es evidente que ha tenido lugar cierto desarrollo y, a medida que los desafíos han cambiado, también lo han hecho las respuestas. Sin embargo, muchos observadores coinciden en que es posible distinguir un consenso genuino.

Dos estudiosos británicos, J.I. Packer, un teólogo anglicano, y D.W. Bebbington, un historiador bautista, realizaron un esmerado análisis de las constantes evangélicas.

La 'anatomía evangélica' de J. I. Packer es particularmente minuciosa. Consta de cuatro declaraciones generales y seis convicciones particulares. Las declaraciones afirman: 'el cristianismo *práctico*' (un estilo de vida de discipulado total hacia el Señor Jesucristo), 'el cristianismo *puro*', ciertamente 'cristianismo y *nada más*' (dado que 'no se puede añadir a la fe cristiana... sin restar algo de ella'), 'cristianismo *unificador*' (que busca la unidad a través de un compromiso común con la verdad del evangelio) y 'cristianismo *racional*' (por encima y en contra de la preocupación tan frecuente por la experiencia).

Siguiendo estas cuatro declaraciones generales, J. I. Packer identifica seis fundamentos evangélicos (los encabezados son de J. I. Packer, las aclaraciones entre paréntesis me pertenecen):

1. La supremacía de la Sagrada Escritura (por su inspiración única).
2. La majestad de Jesucristo (el Dios-hombre que murió como un sacrificio por nuestro pecado).
3. El señorío del Espíritu Santo (quien ejerce una variedad de ministerios vitales).
4. La necesidad de conversión (un encuentro directo con Dios, que solamente él lleva a cabo).
5. La prioridad de la evangelización (el testimonio como expresión de adoración).
6. La importancia de la comunidad (la Iglesia como comunidad viviente de los creyentes).¹⁸

Aproximadamente una década después se publicó el estudio magistral de David Bebbington sobre los evangélicos en la Gran Bretaña moderna. Aquí el autor esboza lo que él considera las cuatro ‘características principales’ de los evangélicos. Estas son: ‘*conversionismo*, la creencia de que las vidas necesitan ser cambiadas; *activismo*, la expresión del evangelio a través del esfuerzo; *biblicismo*, un aprecio particular por la Biblia, y lo que podría denominarse *crucicentrismo*, el énfasis del sacrificio de Cristo en la cruz’. David Bebbington concluye diciendo: ‘Todo junto conforma un cuadrilátero de prioridades que constituyen la base de los evangélicos.’¹⁹ Derek Tidball expresa que el cuadrilátero de Bebbington ‘pronto se convirtió en lo más próximo a un consenso de lo que jamás habríamos esperado alcanzar.’²⁰

Por un lado pueden no gustarnos los términos más bien esotéricos que Bebbington escogió, es decir, sus cuatro ‘-ismos’. Pero por otro no podemos dejar de notar su selección de la Biblia y la cruz, la evangelización y la conversión, igualmente

remarcados por J. I. Packer. Esto demuestra su afirmación de que si bien el movimiento evangélico ha sido continuamente ‘moldeado y vuelto a moldear por su entorno’²¹, posee sin embargo ‘un núcleo en común que ha permanecido constante a través de los siglos.’²²

Al mismo tiempo, a medida que he ido reflexionando acerca de estas dos listas de características evangélicas distintivas, debo confesar una cierta inquietud. ¿Es apropiado, me pregunto, que una actividad como la evangelización, una experiencia como la conversión y una observación como la necesidad de vida comunitaria, aun con sus fundamentaciones teológicas, sean colocadas junto a verdades tan excelsas como la autoridad de la Escritura, la majestad de Jesucristo y el señorío del Espíritu Santo? Estas parecen pertenecer a una categoría diferente. Tal vez esté pidiendo simplemente que se vuelvan a barajar los naipes. No obstante, a mí me parece importante que si estamos tratando de definir la esencia de nuestra identidad evangélica se distinga entre actividad divina y humana,

Las prioridades evangélicas deben ser tres: la iniciativa reveladora de Dios Padre, la obra redentora de Dios Hijo y el ministerio transformador de Dios Espíritu Santo.

entre lo primario y lo secundario, entre aquello que pertenece al centro y lo que se ubica en algún lugar entre el centro y la periferia.

Por esta razón me tomo la libertad de sugerir un ajuste. En la lista de los fun-

damentos evangélicos propuesta por J. I. Packer, los primeros tres se relacionan (deliberadamente, sin lugar a dudas) con las tres personas de la Trinidad: la autoridad de Dios en y a través de la Escritura, la majestad de Jesucristo en y a través de la cruz, y el señorío del Espíritu Santo en y a través de sus multiformes ministerios. Las tres características evangélicas siguientes (conversión, evangelización y comunión) son tanto una adición a las primeras tres como una elaboración de estas. Es Dios mismo, la santa Trinidad, quien produce la

conversión, promueve la evangelización y crea la comunión. Desde mi punto de vista sería sumamente valioso limitar nuestras prioridades evangélicas a tres, propiamente la iniciativa reveladora de Dios Padre, la obra redentora de Dios Hijo y el ministerio transformador de Dios Espíritu Santo. El resto de nuestras características evangélicas esenciales hallarán un lugar apropiado bajo esta rúbrica tripartita o trinitaria.

El evangelio trinitario

Permítanme expresar esto de otra manera. Al tratar de definir lo que significa ser evangélico es inevitable comenzar con el evangelio. Tanto nuestra teología como nuestra actividad práctica derivan su significado e importancia de las buenas nuevas (el evangelio). Y al pensar acerca del evangelio nuestra mente formula tres preguntas y brinda tres respuestas básicas sobre su origen, su sustancia y su eficacia. Las mismas se encuentran en 1 Corintios 2.1-5, cuando Pablo establece su posición en contra de los falsos maestros que perturbaban a la iglesia de Corinto.

Yo mismo, hermanos, cuando fui a anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con gran elocuencia y sabiduría. Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de éste crucificado. Es más, me presenté ante ustedes con tanta debilidad que temblaba de miedo. No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios.

El origen del evangelio

Pregunta: ¿De dónde proviene el evangelio?

Respuesta: no es invención humana o especulación, sino revelación de Dios. No se trata de 'sabiduría humana'

(1 Corintios 1.17) o de ‘sabiduría del mundo’ (1 Corintios 1.20; compárese con 2.6); por el contrario, Pablo lo denomina ‘sabiduría de Dios’ (1 Corintios 1.24; .7).

Hay algunas incertidumbres con respecto a la traducción correcta de 1 Corintios 2.1. Ciertamente Pablo describe su proclamación cuando él llegó a Corinto, pero ¿se refiere a ella como ‘testimonio’ (*martyrion*) o ‘misterio’ (*mysterion*)? Ambas lecturas son posibles en griego. ¿Se trata de un genitivo subjetivo (el testimonio o misterio de Dios) o de uno objetivo (un testimonio o misterio acerca de Dios)? Aunque no estamos seguros acerca de cómo responder a estos interrogantes, realmente no es fundamental. Lo que importa es que en cualquiera de los casos Pablo identifica a su mensaje como la verdad, más aun, la verdad revelada. El evangelio es igual a buenas noticias de Dios para el mundo.

La sustancia del evangelio

Pregunta: ¿De qué está formado el evangelio?

Respuesta: a los ojos del mundo no cristiano no es sabiduría sino locura, no es poder sino debilidad. No consiste en palabras agradables para los oídos del ser humano. Todo lo contrario, no le provee nada de lo cual enorgullecerse. No obstante, es sabiduría y poder de Dios. ¿Dónde se encuentran? Solamente en ‘Jesucristo y este crucificado’ (1 Corintios 2.2).

Notamos que Pablo ‘se propuso’ no proclamar otra cosa sino a Cristo y la cruz. Esto implica que tuvo un período de duda. ¿Por qué? ¿A qué se debió? Sir William Ramsay popularizó la teoría de que la visita precedente de Pablo a Atenas había sido un fracaso porque había predicado acerca de la creación en lugar de sobre la cruz, y por eso en el camino a Corinto él ‘se propuso’ no repetir este error. Pero no existe evidencia de que su misión a Atenas haya sido un fracaso o un error. Ciertamente Lucas

no da esa impresión. Por el contrario, él registra el discurso de Pablo a los filósofos atenienses como un ejemplo preciso del acercamiento del mensaje evangélico a los oídos atentos de los gentiles. Cualquiera haya sido el caso, el apóstol Pablo debe haber predicado acerca de la cruz, puesto que proclamó la resurrección (Hechos 17.31), y no se puede predicar de una sin mencionar la otra. Lucas nos cuenta también que hubo un gran número de convertidos.

De este modo, la firme decisión de Pablo de proclamar solamente a Cristo y a este crucificado tiene un origen diferente. No debe buscársele en Atenas sino en Corinto, no en un fracaso anterior sino en un desafío futuro. Él sabía que los habitantes de Corinto eran orgullosos, idólatras, materialistas e inmorales. También sabía que se mostrarían reacios al evangelio, porque este es locura para los intelectuales arrogantes y piedra de tropiezo para los que se consideran moralmente justos.

El evangelio humilla la vanidad y condena la idolatría. Llama a los codiciosos al contentamiento y a los pecadores al arrepentimiento y la autonegación. No es extraño que Pablo necesitara tomar la decisión firme de limitar su mensaje a 'Jesucristo y este crucificado'. Con mucha aprehensión acerca de la forma en que sería recibido, se presentó ante ellos 'con tanta debilidad que temblaba de miedo' (1 Corintios 2.3).

Cerca del final de su carta a los Corintios el apóstol aún sigue concentrado en el evangelio de la cruz, igual que lo había hecho al comienzo. Incluso realiza la siguiente afirmación:

Ahora, hermanos, quiero recordarles el evangelio que les prediqué, el mismo que recibieron y en el cual se mantienen firmes. Mediante este evangelio son salvos, si se aferran a la palabra que les prediqué. De otro modo, habrán creído en vano. Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer

día según las Escrituras, y que se apareció a Cefas, y luego a los doce.

1 Corintios 15.1-5

Cabe destacar seis aspectos del evangelio:

1. El evangelio es *cristológico*. El corazón del mensaje cristiano es que ‘Cristo murió por nuestros pecados... [y] que resucitó’. No se limita únicamente a ambos eventos, pero estas son sus verdades prioritarias. Es imposible predicar el evangelio si no se habla sobre Cristo, y proclamar al Cristo auténtico si su muerte y resurrección no constituyen el centro del mensaje.

2. El evangelio es *bíblico*. El Cristo que Pablo proclama es el Cristo bíblico, que murió por nuestro pecado ‘según las Escrituras’ (vv. 3-4). Pablo no menciona qué Escrituras del Antiguo Testamento tenía en mente, pero sin duda incluían las que Jesucristo mismo había utilizado cuando ‘les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras’ (Lucas 24.25-27, 44-46), las mismas a las que hizo referencia Pedro el día de Pentecostés (Hechos 2.25-31) y probablemente también el Salmo 22 e Isaías 53.

El evangelio es cristológico, bíblico, histórico, teológico, apostólico y personal.

Los primeros evangelistas cristianos hicieron gran hincapié en el hecho de que la muerte y la resurrección de Jesús fueron corroboradas por dos

testimonios: el de los profetas y el de los apóstoles, o como diríamos nosotros hoy, el Antiguo y el Nuevo Testamento.

3. El evangelio es *histórico*. Es preciso notar la referencia tanto al sepelio de Jesús como a sus apariciones. El sepelio testifica la realidad de su muerte (dado que se entierra a los muertos, no a los vivos), mientras que sus apariciones dan testimonio de la realidad de su resurrección. Más aun, resucitó porque había sido sepultado. En otras palabras, fue el cuerpo de Jesús el que resucitó y fue transformado. Además, la resurrección es un acontecimiento fechable históricamente, dado que tuvo lugar ‘al tercer día’.

4. El evangelio es *teológico*. La muerte y la resurrección de Jesús no fueron solamente acontecimientos históricos; tienen también significado teológico o salvífico. Él no solo murió, sino que ‘murió por nuestros pecados’. Puesto que en la Escritura el pecado y la muerte están relacionados entre sí como una ofensa y su justa recompensa, y dado que Jesús no cometió pecado y por ende no necesitaba morir, él debe haber muerto por nuestros pecados. Los pecados fueron nuestros, la muerte suya. Él murió nuestra muerte. Él cargó nuestro castigo. Únicamente de este modo pudimos ser ‘salvados’ (1 Corintios 15.2). Esto apunta claramente a la naturaleza sustitutiva de la cruz, tema al cual regresaremos en el capítulo dos.

5. El evangelio es *apostólico*. Esto significa que se trata de una parte esencial del mensaje auténtico que recibieron y transmitieron los apóstoles. Pertenece a la tradición apostólica. En el versículo 11, Pablo concluye: ‘En fin, ya sea que se trate de mí [Pablo] o de ellos [los doce], esto es lo que predicamos [todos los apóstoles], y esto es lo que ustedes [la Iglesia] han creído’. Esta proliferación de pronombres personales (yo, ellos, nosotros, ustedes) es muy impresionante. Indica la unidad de la fe entre Pablo y los doce, y entre los apóstoles y la Iglesia; más aun, entre la primera generación de creyentes y todas las generaciones sucesivas.

6. El evangelio es *personal*. Esto implica que la muerte y la resurrección de Jesús no son solamente historia o teología, sino el camino a la salvación personal. Los corintios habían recibido el evangelio, habían adoptado una postura frente al mismo y habían sido salvados por él, en tanto se mantuvieran firmes (vv. 1-2).

La eficacia del evangelio

Pregunta: ¿Cómo es que el evangelio se vuelve efectivo?

Respuesta: no requiere de la elocuencia florida ni el ingenio de los griegos para que funcione. Pablo renunció tanto

a la filosofía como a la retórica. En lugar de filosofía él predicó a ‘Cristo y este crucificado’; en lugar de la retórica confió en el Espíritu Santo. No puso su confianza en su propio poder ni sabiduría. Por el contrario, a causa de su ‘debilidad personal, miedo y temblor’ buscó ‘una demostración’ (*apodeixis*, ‘prueba’) del poder del Espíritu.

Esto no significa que Pablo rechazara la apologética. Según Lucas, cuando él llegó a Corinto estaba aún razonando con la gente y ‘tratando de persuadir a judíos y griegos’ (Hechos 18.4). Es incorrecto contraponer razonamiento humano a confianza en el Espíritu Santo, como si tuviéramos que escoger entre ambos. El Espíritu de verdad conduce a la gente a la fe en Jesucristo no *a pesar de* la evidencia sino *debido a* ella cuando él abre sus ojos para que puedan observarla. Lo que sucedió en Corinto fue que Pablo habló desde la debilidad humana y el temor, y que el Espíritu Santo tomó esas palabras débiles y las dirigió con poder divino a la mente, el corazón, la conciencia y la voluntad de los oyentes.

Para resumir, el origen del evangelio no es la especulación sino la revelación, su sustancia no es la sabiduría del mundo sino la cruz de Cristo, y su eficacia no se debe a la retórica, sino al poder del Espíritu Santo. Así, podemos inferir que el evangelio viene de Dios, se centra en Cristo y en su cruz, y es confirmado por el Espíritu Santo.

Hapax y mallon

A esta altura necesitamos hacer una pausa y reflexionar. Los primeros dos rasgos evangélicos esenciales que se refieren a la Trinidad van juntos y existe un extenso paralelismo entre ellos. Los mismos se relacionan a los temas básicos de toda religión, es decir, las cuestiones de autoridad (¿en qué autoridad nos basamos para creer lo que creemos?) y salvación (¿por qué medio somos salvados?). En términos evangélicos diríamos que aluden a la revelación y la redención, la Biblia y la cruz. Ambas eran básicas para los reformadores, quienes

se refirieron a *sola Scriptura* (la Escritura como nuestra única autoridad) como el principio ‘formal’ de la Reforma y *sola gratia* (únicamente la gracia para nuestra salvación) como su principio ‘material’.

Además, ambas se deben a la misericordiosa iniciativa de un Dios que habla y actúa. Ambas se centran en Jesucristo, en quien y a través de quien Dios ha hablado y actuado. Más aun, las dos son *hapax* (una vez y para siempre) y expresan la consumación absoluta en Cristo de la revelación de Dios (su palabra ha sido hablada) y de la redención divina (su obra ha sido hecha).

Con respecto a la revelación de Dios, Judas escribió:

Queridos hermanos, he deseado intensamente escribirles acerca de la salvación que tenemos en común, y ahora siento la necesidad de hacerlo para rogarles que sigan luchando vigorosamente por la fe encomendada una vez por todas [*hapax*] a los santos

Judas 1.3

Judas escribió en contra de las falsas enseñanzas, y sus lectores estarían en condiciones de refutarlas solo si defendían la verdad revelada, con la que se habían comprometido de una vez y para siempre.

Con respecto a la redención divina, Pablo, Pedro y el escritor a los hebreos aplican el adverbio *hapax* no solamente a la primera venida de Cristo sino específicamente a su cruz, desde la cual él exclamó triunfante: ‘Consumado es.’ He aquí algunos ejemplos:

En cuanto a su muerte, murió al pecado una vez y para siempre [*hapax*] ... Romanos 6.10

Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas [*hapax*], el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios. 1 Pedro 3.18

¿Cómo es posible
que a los evangélicos nos cueste tanto
reconocer que lo que nos une como
pueblo es mucho mayor que lo que nos
divide?

John Stott presenta una síntesis
magistral sobre el discipulado
cristiano que abarca reflexiones
sobre la historia de la Iglesia y sus
enseñanzas, así como la Iglesia
de hoy en todo el mundo. Considera
naciones esenciales de nuestra fe y
nos anima a combinar compromiso
con auténtica generosidad de la
mente y el espíritu.

Esta declaración sincera pone
sobre la mesa la esencia de la
identidad evangélica: el énfasis
es la Palabra de Dios, la naturaleza
de la obra de Cristo y la presencia
activa y continua del Espíritu Santo.



John Stott es uno de los
predicadores y líderes
cristianos de mayor prestigio
en nuestros días.
Es pastor y autor de más
de 40 libros traducidos a
más de sesenta idiomas.
Con sabiduría y autoridad,
comparte las enseñanzas
bíblicas de una forma
profunda pero a la vez
práctica y directa.
Sus escritos son joyas en
cualquier biblioteca y
obligatorios para quien desee
acercarse al texto bíblico con
una lectura fiel y seria.



ANDAMIO



EDITORIAL LÁMPARA

Certeza
Argentina



PUMA

Crecimiento espiritual
Discipulado y nuevos creyentes

ISBN 978-950-683-172-1



9 789506 831721